

# Rumores de que en Montevideo Habrá una Reunión de Argentinos y Chilenos con Mediación de Samore

BUENOS AIRES, 6 de enero (AFP, AP).—En el Palacio Taranco, de Montevideo, fueron izadas las banderas de Argentina, Chile y el Vaticano, detalle que parece confirmar insistentes rumores de que la semana próxima habrá allí una reunión de alto nivel entre representantes de Buenos Aires y Santiago para buscar la paz. Mediaria en esa junta el cardenal Antonio Samore, enviado del Papa Juan Pablo II.

Mientras tanto, el Presidente Augusto Pinochet declaró hoy en Puerto Natales, 150 kilómetros al noro-

este de Punta Arenas: "Hemos mantenido la tranquilidad, porque somos hombres de paz, somos un pueblo de paciencia hasta un límite. Quiero que sepan —dijo a los nativos— que el gobierno central está pre-ocupado por ustedes. No los ha abandonado, porque no son ciudadanos de segunda clase. Son todos chilenos, como los que están en San-

tiago y en el norte".

El dictador chileno, quien realiza una gira por la región cercana al Canal de Beagle, centro de la disputa limítrofe chilena-argentina, agregó: "Sepan que en estos momentos difíciles se deben enfrentar con la gallardía de los pueblos libres y nosotros somos un pueblo libre".

Aquí en Buenos Aires, el

Presidente Jorge Rafael Videla entregó hoy un documento al cardenal Antonio Samore, en el que expone los puntos de vista de Argentina con relación al problema de límites que afronta con Chile.

El enviado papal no dio informes sobre los resultados de sus gestiones; pero fuentes responsables dijeron que la conferencia de la paz en Montevideo, en que participarán Chile, Argentina y el Vaticano es un hecho, y que podría realizarse muy pronto, incluso mañana o pasado.

EL GALLO ILUSTRADO

## Días de lectura

# La peculiaridad lingüística rioplatense

Reconozco que mi actitud ante un libro que me interesa (en pro o en contra) tiene mucho parecido al de las gallinas que han puesto un huevo: gritan, lo anuncian, corren y no dejan conocido tranquilos.

Ante mi entusiasmo por el libro de Castro sobre España, un amigo mañoso me recordó el artículo de Borges llamado "Las alarmas del doctor Américo Castro". Por suerte se me había olvidado porque me divertí de nuevo.

Para reforzar la crítica al español que se habla, sobre todo en Buenos Aires, A. Castro dice cosas realmente raras: "por los mismos motivos se torpedea la maravillosa gramática de Alonso y Henríquez Ureña" (por mal hablados). Pues sucede que justamente entonces estaba yo en el Liceo y esa gramática era texto obligatorio. Cómo olvidar las molestias a que puede estar sujeto un estudiante que tiene apellido de gramática, si el profesor más ecuanime lo cree obligadamente un buen conocedor del texto a pesar de las más eficaces pruebas en contrario.

El libro de Américo Castro comenta al principio un artículo serio y bien fundado de Amado Alonso sobre las incorrecciones del idioma en el Río de la Plata de 1935. Le añade observaciones propias. No contento, cita textos de Sarmiento de 1880 (qué bueno, que no se sigue con los gauchos de Güemes). Recuerda que Sarmiento trató a Bello de "retrógrado absolutista"; se puede ser gramático y reaccionario. Por su culpa, mientras Chile habla cultamente hablando de tú y el Uruguay con un modesto matete entre el vos y el tú, la Argentina sigue hablando de voz; en efecto sigue y sigue tan contenta como los andaluces sin la zeta. Cortázar y todos los escritores actuales han convertido el "vos" en su modo de hablar, en el habla nacional. (Sólo el latín no va a cambiar decía

Henríquez Ureña, porque es una lengua muerta, lo propio de las vivas es que crezcan).

Concede A. Castro que el mal idioma puede venir a los argentinos de una rebeldía muy española, pero mal entendida. Y la definición de lo español, que insuficiente, prejuiciosa y convencional es, comparada con la que hace en *La realidad histórica de España*, que publicaría más tarde (qué bueno, también los autores crecen).

Crítica a España, crítica a América; y decide, por ejemplo, de la poesía gauchesca: "todos saben que las palabras rústicas usadas en la Argentina pertenecen a todos los pueblos de habla española" (y todas las palabras cultas que usa Neruda también), por lo tanto no tiene importancia, lo que pasó es que el "ruralismo se había hecho urbano" y así se deshace de Ascasubi y de Hernández. "Siempre me dejó perplejo, añade, la comparación usual entre el Martín Fierro y las gestas poéticas de Europa". Pero su perplejidad proviene de un disparate (y no de que simplemente le caen mal los gauchos): "las gestas medievales fueron escritas en el idioma usado por sus autores, que era el más alto posible dentro de la cultura de su medio", claro, y que bueno que progresaron, porque eso que ya no era latín a veces tampoco llegaba a francés, español, ni italiano.

Si Ricardo Rojas dice que la poesía gauchesca es una expresión democrática por ser accesible a todas las capas sociales, Castro contesta que nunca ha existido democracia en ningún pueblo hispánico".

Si Juan María Gutiérrez declara, en buen lingüista moderno desde entonces: "el uso del vulgo es la ley suprema del lenguaje", Américo Castro se enoja; y más adelante acusa a Lugones de hacer "frases ingenuamen-

te amaneradas" (con lo que le deben haber costado).

Nada más lamentable que atribuirle tontería a un pueblo entero. Este libro de Américo Castro data de la época en la que absurdamente todo español era Manolito, el amigo de Mafalda, para ciertos argentinos.

Hacer listas interminables de todos los errores que oyó y leyó, y afirmar que esos errores constituyen el idioma del país, insistir en que "quien crece oyendo a sus padres ruso, calabrés o yiddisch conserva dejos y entonaciones raras, que la presión social no modifica, porque no hay modelos de dicción ni grandes deseos de crearlos", es anular también todo el inglés de los Estados Unidos por ejemplo, y es también una injusticia porque si alguna preocupación había justamente en la Argentina de entonces era la del idioma.

A castro le molestan los arcaísmos y los portuguesismos, pero sólo los que no se usan en España y en otros países de América; y desde luego los italianismos hasta en los niños: todo el mundo decía tranvía y policía, pero los chicos en la escuela sentíamos el deber de matizar lo solemne llamándoles: "bondy" y la "cana", de vez en cuando.

Reconoce que hay quienes "escriben y hablan una lengua decorosa y presentable". Qué alivio debe haber sentido al leer la confesión de Michel Foucault, de que su hermoso libro *Les mots et les choses* nació de la lectura de un escritor argentino. ■

Natacha  
GONZALEZ  
CASANOVA